

## Entrevista a Luis Mateo Díez

*Jesús Marchamalo*

La Plaza Mayor de Madrid. A las diez y media de la mañana es un trajín de paseantes solitarios, repartidores, pintores callejeros, estudiantes remisos y perros que sobresaltan a las huidizas palomas. Tiene también algo de cuadro castizo: hay limpiabotas, policías municipales, japoneses buscando la instantánea que mostrarán en Tokio o en Osaka, a la vuelta del viaje, y decenas de camareros de pelo engominado y americanas blancas, iba a decir impolutas, que colocan las últimas mesas en las que los turistas se sentarán al sol.

Hablamos en un bar, en medio de ese bullicio familiar de la hora del desayuno, oyendo cómo se entrechocan las cucharillas y los platos de loza.

Luis Mateo Díez (Villablino, León, 1942). Es autor de más de una veintena de novelas y libros de relatos. Con *La fuente de la edad*, (1986) obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, galardones que le fueron de nuevo concedidos en 2000 por *La ruina del cielo*. Desde 2001 es miembro de la Real Academia Española, donde ocupa el sillón I.

—*Mantiene con esta Plaza Mayor una relación muy intensa, ¿qué es, un largo noviazgo o un matrimonio?*

La plaza ha sido un destino en mi vida, tal vez un destino con minúsculas y un Destino con mayúsculas. Y es que lo que comenzó siendo un destino de trabajo ha ido cobrando con el tiempo un sentido simbólico, que me ha servido para rememorar lo que las plazas han significado en mi vida como centros de la ciudad, lugares de encuentro, sitios a los que se va para estar un rato y sentirse cobijado. Y esa idea de refugio, de lugar protegido, sería el Destino con mayúsculas, la experiencia también del interior personal. La plaza es uno de los espacios urbanos donde más correspondencia hay entre lo íntimo y lo público, y yo eso lo he ido disfrutando a lo largo del tiempo, y experimentando esa atracción viciosa de un sitio al que ir, y en el que estar.

— *O sea, que es una relación matrimonial.*

Sí, es matrimonial, sí. Por eso hace algún tiempo sentí el compromiso de tomar algunas notas de lo que eran mis miradas sobre la plaza, sobre las gentes de la plaza, sobre la vida en la misma y escribí *Balcón de piedra*, un libro donde hay bastante constancia de la sensibilidad de un habitante de la plaza, de alguien que puede tener emociones de náufrago, de inquilino, de alguien que llegó y se quedó.

—*La plaza es su escenario laboral, su territorio de mañanas como funcionario municipal, porque durante años ha sido un escritor de tarde y fines de semana, ¿no?*

Siempre he mantenido una lucha interior, tampoco excesivamente beligerante, contra el destino de escritor profesional. Y no me gustaría que se me malinterpretara, porque a veces esto parece que es un requerimiento de buscar la pureza del escritor que escribe más allá de las necesidades materiales, y no va por ahí. Ocurre que yo soy hombre de rutinas, y me daba miedo que como profesional de la literatura me hiciera un hombre rutinario, de modo que me decidí por las rutinas profesionales, administrativas, funcionariales, los débitos de los horarios y el compromiso del trabajo. Siempre me ha costado mucho ponerme orden en la vida, y en la escritura. Y el orden de la vida lo he encontrado en las obligaciones. Compatibilizar escritura y profesión me ha dado buen resultado, por eso siempre he dicho que he sido un escritor de fines de semana, y también de temporada: de primavera, y verano, aunque la necesidad de contar historias me ha llevado a una incierta madurez en la que tal vez he dejado de ser ese escritor a tiempo parcial, para entregarme del todo a la literatura manteniendo, eso sí, el desorden. El desorden es la pauta de mi dedicación.

—*Hace poco leí que Jorge Edwards contaba cómo había saltado de la lectura a la escritura de un modo muy natural, ¿cómo fue en su caso?*

En mi caso ese salto viene del niño que contaba. Me he referido mucho a que el aprendizaje de lo imaginario lo hice desde la oralidad, tal vez por vivir en un territorio de fuertes tradiciones orales. Yo escuché mucho antes de leer, fui un niño embelesado por lo que le contaban, y enseguida hubo en mí una actitud de contar. Yo era un niño

contador, un niño atribulado, no especialmente simpático, bastante llorón, y sin embargo tenía, a lo que parece, una diminuta imaginación y una infantil capacidad narrativa que sorprendía bastante. El trance va por ahí: escuchar, contar, leer, escribir. Porque, naturalmente, ese niño fascinado por lo que se le contaba enseguida se hizo un niño fascinado por lo que leía, y ese niño que tenía la incitación muy fuerte a contar y a comentar cosas y a embaucar contando, se hizo enseguida un niño escritor. Yo fui un niño escritor, a los 12 años tenía hecha una parte sustancial de mi obra.

—¿*En serio?*

Sí, esto es un poco entre enternecedor y patético, pero yo era un niño escritor. Y tenía además la aureola de ese niño al que la gente venía a escuchar, ese niño que hacía sus pequeñas novelas que después editaba mi hermano Antón, libritos que vendíamos, y por los que cobraba derechos de autor, en bolas de anís. La verdad es que ya de niño escritor tuve la experiencia completa del escritor profesional: el halago, la crítica, el acercamiento de las niñas que nos gustaban... Todo ese mundo de vanidades y fascinaciones lo quemé enseguida, yo creo que para los 13 años había saldado todas las deudas sociales, y los requerimientos y trámites del escritor. Y esto que no deja de ser una caricatura contado así, lo he aprovechado después para eliminar de mi vida el sufrimiento de sentirte inédito. Durante años fui un inédito apacible, y pasó muchísimo tiempo antes de que tuviera pretensiones de comenzar a publicar cosas.

—¿*Recuerda alguno de esos éxitos de infancia?*

Eran todos relatos inocuos de aventuras variopintas, usaba muchos personajes de las historias que leía: espadachines, piratas... En casa había una buena biblioteca, mi padre era muy lector y muy cuidadoso para que sus hijos leyeran a los clásicos, latinos y del Siglo de Oro, y tuve mucha fascinación por la picaresca, el *Lazarillo*, y por *El Quijote*. *El Quijote*, además, tuve la suerte de escucharlo antes de leerlo, de boca de uno de aquellos maestros de herencia institucionista que nos lo leía en el aula y tuve esa revelación del héroe que era un antihéroe, y todo aquello, con alguna de las pocas películas que veíamos en el pueblo, formaba un conglomerado de vaqueros, espadachines y caballeros estrafalarios, un batiburrillo moral que me hizo ser un niño apacible con un talante como muy libertario, muy bondadoso y al tiempo maligno.

*—Alguna vez ha dicho que su infancia fue de las de desván y río.*

Yo vivía en una casa consistorial, en la que nací, en un pueblo en el que mi padre era secretario del Ayuntamiento. Y esa casa tenía un enorme desván que marcó mucho mi infancia y la de todos mis amigos. Porque aquél era un desván de posguerra donde se guardaba lo que quedaba de lo que había sido el consistorio no muchos años antes, en plena Guerra Civil, habilitado como hospital de sangre. Allí había camillas, autoclaves, y unas grandes cajas con los libros requisados en las escuelas republicanas. Y todo eso conformaba un espacio un poco fantasmagórico donde los chavales nos refugiábamos, y era por un lado el cuarto oscuro del castigo donde te enviaban cuando te portabas mal, pero también el lugar en el que los niños se escondían, para jugar a los juegos prohibidos y para guardar sus secretos. En el desván invertimos infinitas horas de nuestra infancia.

*—De todo aquello acabó escribiendo un libro, Días de desván, en el que habla de sus juegos de guerra, de las batallas, de los heridos y los muertos.*

Yo creo que en los niños hay un componente guerrero y en el desván jugábamos mucho a la guerra porque los utensilios eran muy adecuados, había dos salas y había guerras de un bando y de otro, había desplomes, había incursiones por debajo de las montoneras polvorientas de utensilios y muebles, y en esas reyertas siempre había heridos, y también había muertos. Y los muertos eran transportados en las camillas, y la resignación de pasar de herido a muerto era una dura disyuntiva que solía crear situaciones de controversia tremendas. Recuerdo graves discusiones respecto a la calidad de herido y la de muerto.

*—¿Qué recuerda de aquella España de posguerra, la de los cantos triunfales y el racionamiento?*

La atmósfera de ese tiempo marca, yo creo que indeleblemente, la sensibilidad de los que lo vivimos. Creo que hay unas huellas que de niño entiendes mal, pero que te cercan: palabras a media voz, cautelas, rememoraciones trágicas de las que se deja de hablar en el momento en el que el niño aparece, emisoras de radio clandestinas, y luego también tengo recuerdos, digamos, más insistentes e incomprensibles de los

ecos de los disparos en el monte, camionetas con guardias civiles que venían a la búsqueda de los huidos, cierta sensación de que en el monte había gente guardada... Un mundo secreto que conformaba una atmósfera moral desgraciada y degradada. Esos son los restos de la gran tragedia, tras el estrépito de la batalla viene el silencio del dolor, la memoria sojuzgada, el recuerdo prohibido, el remordimiento, los sentimientos de culpa. Luego todo esto depende un poco del destino personal de cada uno, y en ese sentido yo fui un niño que vivió en un mundo familiar extremadamente afectivo y en un mundo vecinal donde había una conciencia muy solidaria y amparadora que tenía que ver con tradiciones muy antiguas, la cultura montañesa y el mundo laboral de la mina, de modo que viví una infancia muy arropada.

—*Después se trasladó a León y decidió estudiar Derecho.*

Sí, nos fuimos a León, siguiendo el destino laboral de mi padre. La posguerra había convertido las ciudades de provincias en lugares remotos, en ciudades con un cierto sentimiento de lejanía, de distancia, de desarraigo: largos inviernos, colegios de curas desapacibles... Enseguida me refugié en el instituto, y cuando llegó el momento de elegir, se me plantea como duda personal que no me gusta nada, no tengo conciencia profesional de ningún tipo, y como la tradición en casa era la abogacía y el municipio, yo creo que eso me movió a elegir Derecho que, en todo caso, eran, como se decía entonces, unos estudios con muchas salidas. Eso me dio ocasión de venir a Madrid, porque los jóvenes de provincias de entonces lo primero que intentábamos hacer era salir de casa.

—*Ha contado alguna vez la fascinación que le provocó El llano en llamas, de Rulfo, que descubrió en una biblioteca en Oviedo.*

En Oviedo estudié tres años y allí encontré un grupo de gente maravillosa, muy cultivada, con una especial sensibilidad y muy buenos lectores. Con ellos compartía la aventura de descubrir libros y descubrir autores, y como no disponíamos de mucho dinero invertíamos mucho tiempo en la biblioteca Feijóo, cerca de la vieja universidad. Y allí di con *El llano en llamas*, que me causó una impresión verdaderamente extraordinaria, y que perseguí incansable hasta que lo pude comprar.

Hay dos libros que fueron verdaderos hallazgos, uno fue el de Rulfo, y el otro una extraña edición ilustrada de *Las mocedades de Ulises*,